



El proceso de morir, escuela de vida

Enric Benito

Fundación
Pía Aguirreche*

CUIDADOS PALIATIVOS

El proceso de morir, escuela de vida

Quiero expresar mi gratitud a Pía Aguirreche, mujer, médico, madre y esposa. La forma de afrontar su enfermedad y de transitar por esta vida ha dejado un legado de valor tras su partida que ha inspirado a su familia. Gracias también a ésta por su generosidad y compromiso con los valores que compartimos en cuidados paliativos.

En realidad, nuestra presencia hoy aquí es la consecución de lo pretendido. La concreción de que una vida, en este caso la de Pía Aguirreche, ha dado sentido al sufrimiento y a su partida. A través de su familia hoy Pía florece, inspira, promueve valores y da frutos.

Personalmente quisiera decir que a cierta edad uno descubre que la vitalidad, la energía y la paz interior; los valores más preciados de la madurez, surgen de la coherencia. Quiero confesar que estoy aquí, a más de 600 Kilómetros de mi tierra, Mallorca, donde se vive muy bien, por coherencia con los valores que expresa el lema de la Fundación “Hacia una cultura paliativa”

Hace unos 25 años de mi metanoia que me llevó a hacer un viaje desde la medicina científica propia de la oncología hasta la medicina humanista que practicamos en cuidados paliativos. Dejé entonces de tratar tumores para tratar personas. Soy un ferviente defensor de la cultura paliativa.

Consciente de que estoy en un templo de la medicina, la Academia de Ciencias Médicas de Bilbao, aprovecharé para recordar que esta cultura paliativa es imprescindible para no dejarnos inundar por la superficialidad de la cultura materialista, tecnocrática y consumista, que conduce a una medicalización de la vida y una desvitalización de la medicina.

La cultura paliativa supone precisamente devolver la vitalidad a la medicina, simplemente reafirmando y cultivando sus raíces humanistas, las que reconocen como fundamento nuestra humanidad, nuestra dimensión trascendente como seres humanos, fuente de nuestra dignidad que nos hace merecedores de cuidado en nuestra vulnerabilidad, y también nuestra interconexión y pertenencia a una familia humana que cuida a los más frágiles y vulnerables y de esta forma se dignifica.

La cultura paliativa se centra en el cuidado de la persona, no trata de resolver un problema sino que acompaña un itinerario, el que precede al proceso de morir.

Solo desde el miedo y la ignorancia puede entenderse la última etapa de la vida como un problema a resolver o un fracaso a evitar. En realidad es tan solo un proceso natural, de profundo calado antropológico que merece una mirada más sabia y compasiva.

Nuestra cosmovisión, es decir, nuestra perspectiva o mirada de la realidad, determina cómo nos relacionamos con ella y en el entorno sanitario y en general en toda nuestra sociedad creo que necesitamos un cambio de perspectiva, y volver a ver la vida como un proceso natural y el cierre de la vida, lo que llamamos el proceso de morir como algo a celebrar, no a evitar o alargar.

Decíamos que no se trata de evitar un problema, sino de acompañar un proceso y para ello necesitamos ver la muerte, no como un absurdo ni un fracaso ni una enfermedad a curar, sino como un traspaso, un proceso humano natural y que puede estar lleno de sentido si es cuidado y no resistido bloqueado u obstaculizado.

Voy a hacer lo que ahora se llama un destripe a mi propia charla y voy a empezar por el final, la conclusión a la que quiero llegar y voy a compartir por si alguien tiene que irse pronto, que se lleve el destilado de mi charla. Es la siguiente:

En forma de titular diría: Cuidar y acompañar el sufrimiento, especialmente el que se da en el proceso de morir, es fuente de aprendizaje, de sabiduría y de gracia, es decir, es una escuela de vida. Y sin una cultura paliativa es fácil que perdamos la perspectiva de que acompañar y servir en el cuidado del proceso de morir tiene un valor y es una fuente de conocimiento de la vida.

El cuidar nuestra vulnerabilidad con respeto, calidez y con una mirada más allá de lo superficial, atendiendo nuestra plenitud y nuestra dignidad. Estas dos características que nos hacen humanos, tienen valor y tienen premio.

Somos vulnerables, enfermamos, sufrimos y morimos, pero al mismo tiempo somos dignos y merecedores de respeto, cuidado y atención. Y lo que se descubre al cuidar la vulnerabilidad es la riqueza que subyace en la actitud de cuidado que cultivamos aquí.

No voy a hablar de la muerte, básicamente porque no existe nada que sea la muerte, a menos que aceptemos que es un concepto que hemos construido, es decir, es una construcción de nuestra mente que no se da en la realidad.

En la realidad hay un fluir de la vida que emerge y se sumerge, y en este fluir constante hay un proceso de nacer o nacimiento y un proceso de morir o murimiento. Pero, así como tenemos claro que el proceso de nacer es un verbo, nacer, en el morir, nuestra ignorancia y nuestro miedo nos han llevado a construir un espantapájaros que hemos vestido con nuestros miedos al que llamamos muerte. Morir al igual que nacer es un verbo no es un sujeto. No tenemos ninguna palabra para hablar de nacer como sujeto. Nadie dice “El nazco” o “La nacera” ¿verdad? Y sin embargo hablamos de “la muerte”. ¿Por qué ocurre esto? ¿Lo habéis pensado?

Básicamente porque vivimos en una etapa de la humanidad caracterizada por una cosmovisión, es decir, una perspectiva de la realidad, estrecha, y limitada, propia de una etapa precoz del desarrollo de nuestro potencial. Necesitamos ampliar nuestra perspectiva y mejorar nuestra comprensión de la realidad.

Y lo paradójico es que lo que nos puede ayudar a desmontar esta ignorancia de la vida, sería precisamente en lugar de huir y alejarnos del morir, acercarnos a mirar con lucidez, curiosidad e interés precisamente esta parte de la vida que se da en el borde mismo del misterio que es el proceso de desencarnarnos al que llamamos morir.

La muerte es una maestra de vida si sabemos acercarnos para aprender las lecciones que nos esperan de la experiencia de morir.

Nuestro desconocimiento de este proceso surge en buena parte de esta mirada incompleta de la realidad que nos hace temer lo que desconocemos, en lugar de estimularnos a curiosear y aprender de este misterio que es el morir. Esto no es nuevo, mirad:

En el Mahabarata, un texto hindú con más de 2.300 años, se pregunta a un sabio, que es lo más sorprendente en el universo, la respuesta del sabio es, lo más sorprendente es que los humanos viendo morir cotidianamente a otros nunca se planteen que ellos también van a morir.

Algunas personas, tocadas por la experiencia de vivir procesos impactantes relacionados con el morir en su infancia, entre los que me encuentro, nos hemos acercado con curiosidad a explorar, cuidar y acompañar a los que se van y aquí hemos ido descubriendo verdades que sólo se pueden aprender desde la experiencia, y que son difícilmente transmisibles en una conferencia.

Morir es lo único que tenemos asegurado al nacer, sin embargo, generalmente vivimos de espaldas a esta realidad, y aunque neguemos cotidianamente este hecho, hay una parte de nosotros que sabe, que intuye y que anhela respuestas a esta pregunta de ¿Cómo es esto? ¿Cómo va? ¿Qué hay después? Y esto es probablemente la explicación de por qué hay tanta gente escuchando este tipo de charlas.

La negación de la realidad no modifica la realidad, simplemente nos impide conocerla mejor, adaptarnos y fluir con sabiduría por ella. Os voy a poner un ejemplo. Como médico os puedo asegurar que en la Facultad de Medicina nunca me enseñaron nada sobre el proceso de morir ni cómo entender y atender a las personas (pacientes y familiares) que se enfrentan a este proceso. Aunque han pasado más de 50 años desde que ingresé en la facultad de Medicina estoy bastante convencido de que hoy en día esto sigue igual.

Imaginemos una escuela de aviación en la que se enseña a los pilotos a despegar, a transportar un avión, a cruzar océanos, atravesar tormentas y todo lo que sea necesario para volar, pero que no se enseñara nada ni siquiera se hablara de como aterrizar, porque se asume que el viaje durará para siempre y nunca terminará. El piloto despegará elegantemente, volará de forma excelente y cuando llegue el momento en que se acaba el combustible, saldrá de la cabina y se lanzará en paracaídas, abandonando a los viajeros, diciendo que esto de aterrizar no es su competencia, “nosotros no nos encargamos de aterrizar”. Bueno puede parecer gracioso, pero es lo que hacemos muchos médicos con nuestros pacientes, dejarles en el aire y a su aire en los momentos de mayor dificultad, y ¿esto por qué? Por nuestro miedo e ignorancia.

Sin juzgar a nadie, pues todos somos fruto de nuestra época, sugiero que esta ignorancia colectiva sobre lo que es la vida y cómo funciona no es algo nuevo, la humanidad ya ha vivido etapas en las que estábamos todos confundidos y la gente tenía una visión estrecha limitada y que incluso ahora nos parece ridícula de la vida, y la gente creía que la tierra era plana y se tenía mucho miedo a viajar a tierras desconocidas por el peligro de caer por el borde de la tierra.

Hoy nos hace gracia, pero esta historia nos recuerda que la sabiduría no es democrática, es decir que mucha gente crea algo no es garantía de que sea cierto, y también que, gracias a algunos exploradores, que quisieron conocer la frontera de la realidad, hoy sabemos que la tierra no es plana y podemos viajar sin miedo a caer. Sin embargo, hablamos de la muerte como esta dama desconocida de aspecto siniestro que se nos lleva no sabemos a donde y tenemos miedo a caer por el borde de la vida.

También hay algunos exploradores que han construido mapas de este territorio y experiencias que nos muestran como integrar el morir en nuestra vida y disfrutar de una forma más inteligente de vivir, personalmente me siento uno de estos atrevidos que hemos salido del armario del paradigma oficial, de la medicina basada en un modelo materialista para explorar de manera empírica, no desde la creencia sino desde la experiencia, esto que llamamos el proceso de morir.

Entiendo que me han invitado a reflexionar desde esta experiencia y lo que me han pedido es que comente sobre el morir como escuela de vida.

Recuerdo que lo que voy a compartir es fruto de mi formación académica, y de mi experiencia clínica con mas de 20 años en oncología y otros tantos en cuidados paliativos y he tenido el privilegio y la suerte de en estos cuarenta años acompañar hasta el borde mismo de lo que para nosotros parece un misterio que es el proceso de morir a cientos de personas, ellos han sido mis maestros y les doy las gracias.

Y me gustaría poder transmitir la autenticidad, la confianza, el coraje y la ternura que se puede vivir, si pones la atención adecuada, en estos instantes mágicos en que alguien deja su cuerpo.

Voy a intentar resumir las lecciones que se pueden aprender en este entorno. Las voy a expresar en siete frases cortas.

A modo de titulares que pueden ser llamativos y que intentan precisamente desmontar nuestra ignorancia sobre este tema de forma clara y contundente

1. Morir es normal y además es seguro
2. Morir nos abre a la verdad.
3. Morir no duele.
4. ¿Qué necesitamos saber?
5. El sentido nos abre el camino.
6. Podemos morir sanos
7. Acompañar y estar ahí tiene premio, ¿que necesitamos para acompañar?

Intentaré desarrollar brevemente estas lecciones y me centraré un poco más en la última.

Morir es seguro

Afortunadamente esta palabra en castellano tiene varias acepciones, y aquí se aplican las dos más conocidas:

- Morir es cierto e indudable
- Morir está libre de todo peligro y exento de riesgo.

Es seguro, es decir, nadie queda sin morir, a todos nos afecta, y al mismo tiempo no hay que preocuparse, el proceso se desarrolla de forma armónica, sin fallos.

También podemos añadir: morir está bien organizado y siempre acaba bien.

Otra forma de decirlo sería, “Morir es normal”:

Esta es de hecho la única cosa que tenemos garantizada al nacer, y, no esperes llegar aquí para darte cuenta de la impermanencia de la fragilidad y de lo imprevisto. Si vives de espaldas a esta realidad, das por garantizado algo que nunca has tenido firmado, nadie te garantiza nada y si vives como si esto nunca se acabara, puedes malgastar tu tiempo (la única riqueza que realmente tienes) e incluso aburrirte.

Cuando vives la experiencia de ver morir a alguien cercano y descubres que esta persona como tú, seguramente no se había planteado esta posibilidad y le ha cogido por sorpresa, empiezas a pensar que no deberías malgastar el tiempo, sino aprovecharlo y darle sentido.

A veces alguien dice: ¡Os habéis enterado Fulano ha muerto, le vi una semana antes y estaba estupendamente! ¿de que habrá muerto?, Pues amigo, de lo que nos morimos todos, de haber nacido. ¡Esta es la única causa! ¿O no lo sabías?

Morir nos abre a la verdad

Lo bueno que tiene el trabajar en el entorno de cuidados paliativos es que aquí hay poca tontería y postureo, aquí la falsa realidad de Facebook, Instagram, Tele Cinco, Gran Hermano y toda la obscena superficialidad en la que mucha gente se mueve habitualmente desaparece de repente y todo se ve con una mirada limpia de profunda autenticidad, la vida toma todo su colorido y tienes la sensación de vivir en un paisaje de autenticidad.

La proximidad intuida por todos del cierre de la biografía impone cierta reverencia al vivir de estos días, sabemos que queda poco tiempo y empezamos a darnos cuenta de que hay que priorizar, dar espacio a lo auténtico, decirnos lo que no se ha dicho antes, o tratamos de resolver asuntos pendientes que, aunque pasaron hace mucho tiempo siguen sin ahí.

Y los profesionales somos observadores privilegiados de reencuentros emotivos, de amorosas reconciliaciones, de la erupción de la ternura que estaba bloqueada y ahora necesita ser compartida, y en mitad de la tristeza de la despedida a menudo se viven experiencias transformadoras para todos.

Uno de estos maestros era una persona etiquetada de discapacidad intelectual que en sus últimos días iba preparando a los demás para su partida diciendo cosas como: “las iglesias son frías y no me gustan, y los cementerios son mentira porque no hay nadie dentro”.

Morir no duele

Uno de los maestros, Eric Casell, que paso a mejor vida a sus 92 años el año pasado, nos enseñó que “Los cuerpos duelen, las personas sufren”.

El proceso de morir no duele, puede producir dolor la enfermedad subyacente que nos lleva al morir, pero para esto hay fármacos que ayudan a controlar el dolor. El sufrimiento lo añadimos nosotros al rechazar la realidad que se impone.

Ya me habéis escuchado contar la comparación del que va a nacer y se resiste... y lo complica y lo hace más largo y doloroso, pues esto igual al morir. El dolor se va con calmantes y el sufrimiento es opcional. Si quieres lo pones tu y si eres sabio procuras no añadir más. Pero para esto hace falta aceptar una realidad que se va a imponer te pongas como te pongas, y la aceptación es la llave de la trascendencia. Mi amiga y filósofa Mónica Cavallé dice:”el aroma de la aceptación es la serenidad”.

León Tolstoi escribió “La muerte de Iván Illich” que acaba con este relato de la experiencia de agonía de Iván Illich:

“Y de pronto vio claro que lo que le había estado sujetando y no le soltaba le dejaba escapar sin más por ambos lados, por diez lados, por todos los lados. Les tenía lástima a todos, era menester hacer algo para no hacerles daño: liberarlos y liberarse de esos sufrimientos.

«¡Qué hermoso y qué sencillo! -pensó-. ¿Y el dolor? -se preguntó-. ¿A dónde se ha ido? A ver, dolor, ¿dónde estás?» Y prestó atención. «Sí, aquí está. Bueno, ¿y qué? Que siga ahí.» «y la muerte... ¿dónde está?» Buscaba su anterior y habitual temor a la muerte y no lo encontraba. «¿Dónde está? ¿Qué muerte?» No había temor alguno porque tampoco había muerte. En lugar de la muerte había luz.

-¡Con que es eso! -dijo de pronto en voz alta-. ¡Qué alegría!

-¡Éste es el fin! -dijo alguien a su lado. Él oyó estas palabras y las repitió en su alma. «Éste es el fin de la muerte» -se dijo-. «La muerte ya no existe.» Tomó un sorbo de aire, se detuvo en medio de un suspiro, dio un estirón y murió.”

¿Qué necesitamos saber? Lo que importa no es tener, sino ser

¿De qué se queja la gente al irse? ¿Qué es lo que echamos de menos y lamentamos no haber hecho y nos duele? o a la inversa ¿Qué es lo que ayuda a irse en paz?

La mayoría nos pasamos la vida como si lo importante fuera tener y vamos acumulando no solo posesiones o dinero sino cargos, roles, prestigio, poder, relaciones, etc.

Cuando llegas a esta sala de espera y reflexionas sobre que has hecho con tu vida, os aseguro que el poder, el prestigio, el dinero no ayudan nada a irse en paz, ayuda la satisfacción de haber hecho lo que has venido a hacer y a aceptar y entregarte al viaje que ahora empieza.

De hecho, lo que has acumulado, en la medida que te has identificado con ello, y lo sientes tuyo, es un obstáculo que te impide soltar, y es fuente de malestar. Aquí descubres si sabes ver mas allá de las apariencias, que los que se van en paz son los que han descubierto que lo importante no es tener sino ser, y han desarrollado sus dones, los han compartido y han crecido aprendiendo las lecciones que hemos venido a aprender. Esto es lo de la próxima lección.

El sentido nos abre el camino: ¿Has descubierto a qué has venido? A aprender a amar y soltar

La esperanza, decía Václav Havel, no es esperar que todo vaya bien, esto sería el optimismo, la esperanza es saber que pase lo que pase todo tiene sentido, y haber descubierto el sentido de la vida de alguna manera te abre la puerta a entregarte sin miedo a este proceso.

Seguramente el sentido es simplemente vivirla plenamente. Decía alguien, que la vida es un poco de tiempo para aprender a amar sin apegarte a lo amado. No es un aprendizaje fácil, pero creo que resume bastante bien por lo menos una de las lecciones importantes.

Magda Catalá decía que cuando uno ha sufrido repetidamente las pérdidas aceptando el desapego, soltando, dejando partir cada cosa de la que nos vemos obligados a desprendernos, vamos madurando hacia una nueva forma de entender la vida, desde la benevolencia, la que se genera después de traspasar el umbral de la dureza, del rencor, del dolor, la amargura y el resentimiento.

Al aceptar la pérdida de todo aquello que tanto habíamos creído o querido, soltando los apegos y sobreponiéndonos a las muertes de los diversos egos que hemos sido, ahí estamos, libres de las cadenas del pasado y limpios de cicatrices. Nos sentimos abiertos a una nueva vida, una vida, claro está, más vieja, más sabia y más creativa.

El haber muerto a una cierta manera de ser nos abre las puertas a una forma más madura en la que hemos aprendido a renacer y ésta es una experiencia que no se olvida y que genera confianza y sabiduría. Es pues a fuerza de repetir una y otra vez esta experiencia en uno mismo que uno aprende a vivir muriendo.

Si has amado, has compartido, te ha dolido y has aprendido que el dolor de la separación está en el apego que has añadido al amor, si has aprendido a compartir sin apoderarte de lo que compartes, si has amado y respetado sin querer apoderarte de lo que se te ofrece, si alguna vez te has roto y caído al fondo y has descubierto que el fondo no tiene fondo, y si llegas al final con las manos abiertas y no con los puños cerrados, seguramente habrás descubierto que algo te sostiene, algo a lo que perteneces, y no controlas pero a lo que te puedes abandonar confiadamente. Si sabes esto, te será mas fácil soltar, abandonarte y dejarte llevar por la vida que ahora toma otro rumbo.

Podemos morir sanos

He visto morir sanos a mucha gente, y por salud entiendo integridad, dignidad, coraje y confianza, estas personas son maestras del desapego y la aceptación.

Decía Heidegger que morir no es un hecho que ocurre en un momento determinado, sino que vamos muriendo desde el momento que nacemos, avanzamos gracias a aquello que dejamos y abandonamos detrás de nosotros. Vivir es despedirse y no solamente de las cosas y de las personas sino de uno mismo. Creer y pensar que la vida es una propiedad que se posee y que uno ha de conservar y defender a ultranza no es más que una grosera materialización y desvalorización de la vida.

La diferencia entre el apego y la aceptación reside en la creencia sobre la que uno mismo se asienta, si uno se identifica únicamente con su cuerpo, se considera a sí mismo el propietario de su vida y ve la muerte como la destrucción de este cuerpo y de este ego, solo puede tener miedo. Si al contrario, acepta la vida como un don cuyo sentido es entregarla y hacerla pedazos para el bien de los demás y de uno mismo, va aprendiendo el gozo de vivir y aceptar lo que va viniendo, incluso la muerte.

Los que se van serenamente con confianza y con paz dejan un hermoso legado a los que quedan. Una de estas maestras decía “intento dejarles a los míos el regalo de no tener miedo”.

Acompañar y estar ahí tiene premio.

Acompañar la enfermedad, el sufrimiento y el proceso de morir es una oportunidad para aprender de forma directa sin intermediarios de una experiencia luminosa e impagable.

Pero para ver lo que se da, uno debe domesticar su miedo, acercarse con respeto, curiosidad e interés, abrir al máximo las puertas de su sensibilidad para ver, oler, intuir lo que se da, y aprender, de forma experiencial lecciones de vida que nos reconcilian con nuestra profundidad.

Por ello mi recomendación a cualquier persona es que cuando tenga a alguien que se va a ir, que trate de observar lo más serenamente posible y estar allí. Lo que se aprende es mucho más que lo que puedas aprender escuchando cualquier conferencia o leer cualquier libro. Antes de terminar trataré de resumir un poco como prepararse para esta oportunidad.

El resumen de mi charla es que el proceso de morir no es un proceso biológico, aunque puede ser visto desde esta perspectiva, pero esto es una mirada muy limitante, en realidad se trata de una experiencia humana de una extraordinaria profundidad que más allá de los aspectos biológicos es un proceso relacional y espiritual.

Esta afirmación no es mía, sino que está extraída de las conclusiones de un documento muy interesante del que ahora os quiero hablar.

Hace un año la prestigiosa revista médica “The Lancet”, publicó en su último número de enero de 2022 un exhaustivo informe de 47 páginas elaborado por un panel de experto internacional titulado. Informe de la Comisión Lancet sobre el Valor de la Muerte. Y el subtítulo dice: devolver la muerte a la vida. Entre los mensajes más destacados de este informe destaco:

Morir en el siglo XXI es una historia de paradojas. Aunque muchas personas reciben un tratamiento excesivo en los hospitales, todavía son más las que reciben un tratamiento insuficiente, muriendo de afecciones evitables y sin acceso a un alivio básico del dolor.

El proceso de morir no es una enfermedad, y la medicalización de éste solo produce mayor sufrimiento.

La muerte se entiende como un proceso relacional y espiritual y no simplemente un acontecimiento fisiológico.

El morir tiene un valor, y las sociedades que ocultan, niegan o bloquean este proceso se pierden la sabiduría y el valor que se da en este proceso.

El cambio climático, la pandemia de COVID-19 y nuestro deseo de vencer a la muerte tienen todos su origen, en la ilusión de que controlamos la naturaleza, no que formamos parte de ella.

Para terminar, una de las lecciones más importantes que me han enseñado mis maestros, las personas a las que he tenido el privilegio de acompañar y que ahora quiero compartir, es, cómo estar en este proceso, qué necesitamos para acompañar.

En primer lugar, los que hemos tenido la suerte de acompañar a muchas personas y hemos hecho de este acompañamiento un tema de interés y no que tratamos de enseñar esta suerte a los demás, sabemos que poder acompañar es un privilegio y es una fuente de gracia.

¿Y cómo acompañar para los que no son profesionales? Pues simplemente estar allí, no huir ni sobre implicarte, no querer solucionar nada, ofrecer tu presencia serena ecuánime, como quien acompaña a su ser querido que va a tomar un tren y queda en la estación despidiéndole, mirándole a los ojos sintiendo la tristeza de la despedida, pero más allá de ésta, regalándole la ternura y el deseo de que tenga un buen viaje.

Si tuviera que dar algunas indicaciones de lo que se necesita para acompañar lo resumiría en cinco Ces. Me explico, necesitamos:

Competencia: los profesionales que cuidamos este proceso debemos ser capaces de conocer el itinerario del que se va, y tener maestría en explorar y atender las necesidades físicas, hacer un buen control de síntomas.

Conexión: se capaz de establecer un contacto respetuoso y desde una actitud compasiva. Apoyar los valores y el sentido de vida del que hace el proceso.

Confianza: Vivirse como una sólida roca amorosa, anclado en la propia presencia, sin miedo ni tristeza y transmitiendo esta confianza al que vive el proceso. Saber, por haberlo vivido en otras ocasiones, que el proceso se despliega de forma armónica, especialmente si no hay interferencias.

Coraje: sintiéndose cómodo en el entorno de la incertidumbre y del misterio con ecuanimidad.

Conciencia: Estar despierto y conectado con tu propio ser es la plataforma de estas otras cuatro cualidades que se necesitan para acompañar.

Sabemos que la mayor fuente de satisfacción de los profesionales sanitarios es la relación con los pacientes, aunque no lo verbalicemos frecuentemente, todos tenemos la intuición de que en la relación de ayuda subyace un cierto premio, lo que Cicely Saunders decía:

“Cuando ayudas a un paciente a pasar a través del sufrimiento y llega a un nuevo espacio de serenidad, cada enfermo al que has ayudado te deja un legado, una herencia”

Un legado que a partir de ahora te acompañará y te dará la confianza y el coraje para poder acercarte a otros con mas sabiduría de cómo cuidarles y que te acercará a la profundidad que te sostiene y te da la confianza de que, como decía Theillard de Chardin: “No somos seres humanos que tenemos una experiencia espiritual , somos seres espirituales que tiene una experiencia humana”.

La **última lección** que las resume a todas es esta:

El proceso de morir seguramente es el viaje más apasionante de nuestra vida ;¿Por qué no prepararlo con ilusión? viviendo plenamente y al mismo tiempo estando preparado para irte cuando toque despegar.

Porque como decía Martín Descalzo: “Morir solo es morir, morir se acaba. Es una hoguera fugitiva, es cruzar una puerta a la deriva y ¡Encontrar lo que tanto se buscaba!”

Gracias

Gracias

www.fundacionpiaaguirreche.org

*Av. de Las Arenas 10, bajo izq.
48930. Las Arenas. Getxo. Vizcaya. España
+34 944 148 121 · info@fundacionpiaaguirreche.org*